resistir á las tentaciones que se ofrezcan, para refrenar las pasiones que me dominen, y para adquirir las virtudes que me convienen.

Llenad mi corazon de un tierno amor de vuestra bondad, de un ódio eficaz de mis pecados, de un firme menosprecio del mundo para que así viva sujeto á mis mayores, caritativo á mis enemigos, fiel á mis amigos y tratable á mis inferiores.

Socorredme, Señor, con vuestra gracia para vencer la lujuria con la mortificacion, la avaricia con la limosna, la ira con la paciencia y la tibieza con el fervor.

Concededme, Dios mio, prudencia en las empresas, magnanimidad en los peligros, sufrimiento en los trabajos, moderacion en las felicidades, atencion en la oracion, templanza en la comida, cumplimiento en mis empleos y constancia en mis resoluciones.

Fortalecedme, Señor, para que ponga todo cuidado en mantener una conciencia limpia, un exterior modesto, una conver-

sacion edificante, una conducta ajustada, y que me aplique incesantemente á vencer mis apetitos, á corresponder á vuestra gracia, á observar vuestros mandamientos y á merecer mi salvacion.

Dadme á conocer, Dios mio, la pequeñez de la tierra, la grandeza del Cielo, la brevedad de esta vida y la eternidad de la otra, para que así me disponga á una buena muerte, tema vuestro juicio, me libre del infierno y consiga la gloria por los méritos de mi Señor Jesucristo. Amén.

La Sagrada Eucaristía.

Entre los siete Sacramentos que Jesucristo instituyó, cuya administracion quedó recomendada á su Iglesia, para que ésta los administrase en su nombre, y para que por ellos el hombre pudiera alcanzar su eterna salvacion, hay uno que ocupa el primer lugar entre todos ellos, porque encierra en sí los tesoros más preciosos de la infinita sabiduría de Dios, las obras más admirables de su poder, y las finezas

más tiernas de su bondad. Tal es el Santísimo Sacramento de la Eucaristía; Sacramento el más santo, pues en él se contiene el autor de la misma santidad. Sacramento en el cual, como dice el Profeta, Jesucristo ha reunido y compendiado todas las maravillas de su bondad y misericordia; siendo, por consiguiente, el Sacramento más digno de nuestro amor, veneracion y respeto. Sí, ¡la Sagrada Eucaristía! Hé aquí el Sacramento más augusto, el manantial mismo de la gracia, el inefable misterio por el cual se verifica entre Dios y cada uno de nosotros la union más perfecta que podemos desear acá en la tierra.

La Eucaristía es aquel Sacramento que contiene real y verdaderamente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo bajo las especies de pan y vino. Los varios nombres que se dan á este augusto Sacramento, á la vez que revelan su existencia, trazan la historia de la Iglesia y recuerdan el profun-

do acatamiento que todas las edades cristianas han profesado á este don divino. Muchos siglos hacía que este Santísimo Sacramento venía anunciándose bajo diferentes figuras y enigmas; pero llegó el tiempo de que desapareciesen las sombras y se trocasen en realidad. Hasta la institucion de este augusto Sacramento se habían ofrecido á Dios víctimas insuficientes y hostias simbólicas; pero en adelante se ofrecerá una víctima sagrada y agradable al Padre, víctima que es el mismo Jesucristo ofrecido á la muerte por nuestro rescate.

Durante su vida mortal, el mismo Jesucristo anunció con su divina palabra la institucion de este celestial banquete, diciendo: mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida: el que come mi carne y bebe mi sangre permanecerá en mí y yo en él. Llegó por fin el momento tan deseado en que debía instituir tan augusto Sacramento y dársenos á cada uno de nosotros en ali-

mento espiritual de nuestras almas. Al efecto, reunido con sus Apóstoles la víspera de su pasion y muerte para comer el cordero pascual que segun la ley de Moisés debía de comerse todos los años por la Páscua, cuya ceremonia era una figura expresa de la Sagrada Eucaristía, el Salvador, habiendo cumplido con esta ceremonia legal y sabiendo que era llegada la hora de volver á su eterno Padre de donde había venido, y no queriendo dejarnos solos en este valle de quebranto, abrió ancho campo á la efusion de su infinito amor y tiernísima caridad, é instituyó este augusto Sacramento; Sacramento adorable en el cual se contiene real y verdaderamente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Era de noche: aquella noche funesta para la vida del Dios hombre, y en la que se apresuraban á entregarle en manos de sus enemigos, quiso que fuese honrada con la institucion del gran Sacramento

del amor; Sacramento que, como dice el Profeta, es el compendio de todas las maravillas de Dios; Sacramento que manifiesta hasta el exceso la caridad y amor de un Dios moribundo que por amor al hombre se entrega voluntariamente á la muerte; Sacramento, en fin, en el cual se come real y verdaderamente la carne y se bebe la sangre del Salvador, por el cual se renueva la memoria de su pasion, el alma se llena de gracia, y en él se nos da una prenda segura de la gloria que esperamos.

Había concluido la cena del cordero pascual, y lavado el Salvador los piés á sus discípulos, cuando tomando en sus santas y venerables manos un poco de pan ácimo, ó sin levadura, tal como se comía en aquel dia, y levantando los ojos al Cielo, dando gracias á su eterno Padre, bendijo aquel pan, lo partió y lo dió á sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: este es mi cuerpo, este cuerpo que va á ser entregado por vosotros á la

CAPILLA ALFONSINA

muerte. Enseguida tomó un cáliz con vino, dió gracias, lo bendijo, y presentó á sus discípulos, diciendo: Bebed de éste todos, porque esta es mi sangre del nuevo testamento, que será derramada por vosotros y por muchos para la remision de los pecados. ¡Palabras omnipotentes! en virtud de las cuales solo quedó la apariencia de pan y su sustancia se convirtió en cuerpo de Jesucristo, y la sustancia del vino en su sangre. Decir y hacer es para Dios una misma cosa, porque aquel que todo lo puede hace lo que quiere hablando. Por eso en el principio del mundo apenas pronunció Dios estas palabras. Hágase la luz, enseguida la luz fué hecha. Así Jesucristo, pronunciando las palabras de la consagracion, realizó el mayor de los milagros, el portento de los portentos y el prodigio de los prodigios. Mas como Jesucristo no había de permanecer en la tierra sino por breve tiempo, y por otra parte, el Sacramento que acababa de instituir se había de perpetuar en la Iglesia,

CAPILLA ALFONSINA

¿qué hizo el amable Salvador? Acto contínuo ordenó de Sacerdotes á los mismos Apóstoles con encargo de ir ordenando á nuevos sucesores en el Ministerio Sacerdotal, dándoles á todos la potestad de hacer lo mismo que él había hecho: haced esto en memoria de mí; que equivale á decir: os doy poder para que hagais lo mismo que acabo yo de hacer: bendecid en mi nombre el pan y el vino, pronunciad sobre ellos las mismas palabras que yo he pronunciado, y estas palabras tendrán en vuestros lábios la misma autoridad, el mismo poder que han tenido en los mios; es decir, que cambiarán el pan en mi cuerpo y el vino en mi sangre, porque tal es el poder que os doy, para que á la vez trasmitais este mismo poder á todos vuestros sucesores en el Sacerdocio; de este modo se perpetúa este augusto Sacramento hasta el fin del mundo.

Los Sacerdotes, en virtud de la autoridad divina de que se hallan revestidos, practican este Sagrado encargo cada vez

que celebran el Santo Sacrificio de la Misa; esto es, pronuncian sobre el pan y el vino las mismas palabras que Jesucristo pronunció en la noche de la cena, y en virtud de estas palabras se hace allí presente el mismo Jesucristo real y verdaderamente, su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. Sí, en la víspera de su pasion, fué cuando, Jesucristo, el Hijo de Dios, el Omnipotente, el infinitamente sábio y bueno, pronunció aquellas admirables palabras de la consagracion en presencia de sus amados discípulos. En aquel momento solemne es cuando, como dice el Evangelista S. Juan, considerando que tiene todo poder, que nada le es imposible, que está dotado de facultades infinitas, que es la eterna sabiduría emanada del Padre, que es la bondad infinita, que ama infinitamente á los hombres por quienes va á dar su vida, y que habiéndolos amado los amará hasta el fin. Todo esto considera Jesucristo ántes de decir, este es mi cuerpo.

Cuando un esposo está en el lecho del

CAPILLA ALFONSINA

dolor, próximo á la muerte, se despide de su fiel y querida esposa, si no con palabras, al ménos con el afecto de su corazon: entónces le manifiesta de lleno los sentimientos de su amor, y en prueba de ello le deja sus riquezas y más preciosas joyas. Esto es precisamente lo que hizo el Salvador en el momento de su solemne despedida para entregarse á la muerte. Está á punto de morir, se despide de su Iglesia, esposa santa y querida, y otorga á su favor un testamento eterno en donde deja expresamente declarada su última voluntad, y en prenda de su infinito amor, de su ardiente caridad y fineza, le deja su mismo cuerpo y su misma sangre en el augusto Sacramento de la Eucaristía.

Aquí es donde más resplandece el amor de Dios, hácia el hombre, amor inmenso, infinito y omnipotente que le lleva hasta el punto de quedarse entre nosotros oculto bajo los accidentes del pan y del vino. Pero no para en esto solo su infinito amor. El Salvador hace de esto mismo un

precepto riguroso por el cual nos obliga á comer su mismo cuerpo y á beber su misma sangre; pero ántes de que nos acerquemos á la Sagrada mesa del altar, nos da elocuentes lecciones y sábias instrucciones á fin de que comprendamos lo sublime y grandioso del convite que nos ha preparado. El mismo Jesucristo dice: Yo soy el pan de vida (1). Soy el pan vivo que ha bajado del Cielo (2). Este es el pan que ha bajado del Cielo á fin de que el que le coma no muera (3).

Y luégo para animarnos á comer con fe y con amor ardiente de este pan sagrado, de este pan celestial y divino, nos pone á la vista la grande recompensa que espera al que lo coma dignamente, y al efecto, añade en otro lugar: El que coma de este pan vivirá eternamente (4): esto es, el que se acerque á la Sagrada mesa del altar con

(1) San Juan, cap. 6, v. 48.
(2) Idem, cap. 6, v. 51.
(3) Idem, cap. 50.
(4) Idem, cap. 6, v. 52.

las debidas disposiciones á recibir la Santa Eucaristía, que es el pan celestial, el pan de los ángeles, el pan de los fuertes, el pan divino que ha bajado del Cielo tendrá por recompensa la felicidad eterna.

Y como si esto no fuera bastante para convencernos, añade: El que coma mi carne y beba mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último dia (1). Pero, ¿qué pan es este de que nos habla Jesucristo? Él mismo lo dice: El pan que yo daré, es mi carne, para la vida del mundo (2). Y en otro lugar añade: Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida (3). Y para convencernos más de la admirable union entre Dios y los hombres por medio de la Sagrada Eucaristía, nos dice: Aquel que coma mi carne y beba mi sangre vive en mí y yo en él (4). Convenci-

(1) San Juan, cap. 6, v. 55.
(2) Idem, cap. 52.
(3) Idem, cap. 6, v. 56.
(4) Idem, cap. 6, v. 57.

dos ya de lo que es la Sagrada Eucaristía, é instruidos suficientemente por el mismo Jesucristo en todo lo que se contiene en este divino Sacramento, el mismo Salvador, queriendo darnos una prueba más grande de su generoso amor, y como si quisiera sujetar nuestra eterna salvacion á la recepcion del pan sagrado, pasa á manifestarnos la necesidad que tenemos de recibirlo, diciéndonos: Si no comeis la carne del hijo del hombre, y no bebierais su sangre, no tendreis vida en vosotros (1).

Mas para tener la vida de que nos habla Jesucristo, que es la vida eterna, la vida de felicidad y bienaventuranza, es necesario comer la carne y beber la sangre del Salvador en el augusto Sacramento de la Eucaristía; de otro modo no tendremos esa vida. Pero, ¿cómo hemos de recibir tan Santo Sacramento para merecer la vida? ¡Ah! no basta recibirla con frialdad

(9) San Juan, cap. 6, v. 54.

CAPILLA ALFONSINA

ó indiferencia, ni con indignidad, pues el que así lo reciba, léjos de conseguir la vida eterna, se hace reo de la eterna muerte.

El Apóstol San Pablo nos dice claramente en su primera carta dirigida á los fieles de Corinto: «Cualquiera que comiere ó bebiere el Cáliz del Señor indignamente será reo del cuerpo y sangre del Señor» (1). Y, ¿qué ha querido decirnos con esto este grande Apóstol? Ha querido decirnos que el que recibe indignamente el cuerpo de Jesucristo se hace merecedor de la condenacion eterna, como reo de haber profanado el cuerpo y la sangre del Señor; se hace culpable como si hubiera vendido á Jesucristo como Judas ó quitádole la vida como los judíos; y como si esto no fuera bastante para excitarnos á comulgar santamente, el mismo San Pablo continúa diciendo: «Por tanto, pruébese el hombre á sí mismo, y así coma de aquel pan y beba de aquel Cáliz, porque

(1) Carta 1.ª á los de Corinto, cap. 11, v. 27.

el que come y bebe indignamente come y bebe su propio juicio no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor» (1). Esto es, ántes de acercarse á la Comunion examine cuidadosamente su conciencia y vea si hay en ella alguna cosa que le impida recibir dignamente el pan sagrado, y si su conciencia la hallase manchada con algun pecado, acérquese primero al Sacramento de la Penitencia con lágrimas de arrepentimiento y de dolor, purifique su alma en aquellas saludables aguas, y así purificado acérquese á comer el cuerpo y á beber la sangre de Jesucristo, porque el que se acerca á comerlo indignamente come y bebe su propia condenacion.

Pero, ¿con qué disposiciones nos hemos de acercar para recibir dignamente á Jesucristo? Con dos; una que pertenece al alma y otra que pertenece al cuerpo. La que pertenece al alma consiste en acercarse en gracia de Dios, haciendo ántes una buena confesion, segun queda explicado al tratar de esta materia; y la que pertenece al cuerpo consiste en acercarse en ayuno natural, sin haber comido ni bebido cosa ninguna, por pequeña que sea, desde las doce de la noche antecedente hasta despues de comulgar. Estas son las principales y esenciales; pero hay otras secundarias y ménos principales que aunque no se exigen como condicion necesaria, son, no obstante, muy convenientes. Estas consisten en que el que ha de comulgar ha de procurar acercarse aseado y limpio con arreglo á su posicion y facultades, porque en realidad es el acto más solemne de su vida, es la fiesta principal del alma: y si para asistir á las fiestas del mundo se procuran poner los mejores vestidos y presentarse aseados, ¿cuánto más se ha de procurar esto mismo cuando se asiste al banquete

(1) Carta 1.ª á los de Corinto, cap. 11, versículos 28 y 29.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

celestial? Con esto dará una prueba del respeto y veneracion que se debe á tan augusto Sacramento. Conviene, pues, á la decencia de la Sagrada Eucaristía presentarse con el debido aseo, con santo temor, con profunda humildad y con la debida modestia tanto en el vestido como en sus ademanes exteriores.

¡Oh, cuán dignos de reprension son aquellos que así no lo hacen pudiendo! Con esto mismo dan pruebas de poca veneracion y respeto. Sí, es necesario recibir digna y santamente la Sagrada Eucaristía, considerando que en ella recibimos real y verdaderamente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo; que allí se nos da su misma carne en comida y su misma sangre en bebida; que allí le recibimos en alimento espiritual de nuestras almas; que con él nos hacemos fuertes para vencer los obstáculos que los enemigos de nuestra salvacion nos oponen para subir al Cielo; y, en fin, que cada vez que

CAPILLA ALFONSINA

recibimos la Sagrada Eucaristía recibimos á Jesucristo todo entero, renovamos la memoria de su pasion, nos hacemos participantes de su divina gracia y se nos da como prenda de la gloria venidera. ¿Cabe imaginar cosas más grandes, más sublimes y admirables?

Sí, recibamos á Jesucristo santamente á fin de unirnos á él en esta vida, y así unidos caminemos rectamente á gozarle en el Cielo por toda la eternidad. Porque él mismo nos dice: «Yo soy el camino, la verdad y la vida de los justos; el que me sigue no palpará tinieblas, sino que tendrá la verdadera luz.» Sigamos á Jesucristo con amor, recibámosle llenos de amor y santidad, correspondamos con nuestro amor á su amor, y así como él por amor vino al mundo, padeció y murió por amor y por amor se quedó sacramentado entre nosotros y se nos da con generoso amor, así tambien nosotros debemos amarle para corresponder á su infinito amor y para llegar un dia á gozar de sus infini-

tas perfecciones en la gloria que tiene preparada para los que le aman.

Si no pudiéramos recibir á Jesucristo realmente, recibámosle, al ménos, con el deseo; y si nuestro deseo de recibirle es verdadero y profundo, nos unimos á Él en un sentido espiritual nacido del deseo de recibirle realmente. Así el que hallándose en peligro de muerte, no puede recibir el Sagrado Viático, ya por falta de Ministro, ya por otra causa que se lo impida, debe de formar en su corazon un ardiente deseo de recibirle si pudiera: así tambien los niños que no han llegado á los años de la discrecion no pueden recibir la Sagrada Eucaristía; pero habiendo recibido el Bautismo, y no habiendo perdido la gracia recibida en él permanecen unidos á Jesucristo por medio de la regeneracion santa como miembros á la cabeza, y por medio de la recepcion del Bautismo llevan consigo el deseo de recibir la Sagrada Eucaristía por intencion de la Iglesia, de la que son miembros, pues es-

ta comunion espiritual los hace incorporar al Señor y hace que comiencen á nutrirse por medio de la fe, y á unírsele por medio de la caridad; y porque todos los Sacramentos se dirigen á la Eucaristía como á su verdadero centro, y á fuente de donde procede toda santidad y justicia.

¿Quereis saber lo que es la Sagrada Eucaristía con relacion á los demás Sacramentos? Pues figuraos una hermosa fuente de aguas vivas y abundantes colocada sobre la cima de una elevada montaña: figuraos que esta fuente tiene seis canales, y por ellos derrama la fecundidad de sus aguas y las reparte por la extension de una gran llanura cubierta de lozanos verdores, sembrada de flores, plantas y árboles de toda especie. Tal es la Sagrada Eucaristía. Realmente este augusto Sacramento es la fuente de todas las gracias, pues contiene real y verdaderamente el autor de todas ellas. Colocado este augusto Sacramento sobre la santa monta-

ña de la Iglesia católica, derrama sus saludables aguas por el conducto de seis grandes canales que son los otros seis Sacramentos, y cuanto de hermosura, bondad, perfeccion y virtud existe entre los fieles, es debido á las aguas de este divino manantial siempre fecundo y siempre vivificador.

¡Tan augusto es el Sacramento de nuestros altares! Y, ¿cómo ponderar los admirables efectos que produce en el alma de quien lo recibe dignamente? ¡Oh! Él se nos da en alimento espiritual con el cual el alma se fortifica, la gracia se aumenta, las pasiones se debilitan, los enemigos de nuestra eterna salvacion se hacen débiles, nos unimos á Jesucristo participando de su misma sustancia, nos perdona los pecados veniales y nos preserva de cometer los mortales. Por la Sagrada Eucaristía renovamos la memoria de la pasion de Jesucristo, nos llenamos de gracia y nos hace esperar la gloria eterna.

En consecuencia de esto, cada vez que

recibimos dignamente la Sagrada Eucaristía, podemos decir con San Pablo: yo vivo, pero no soy yo el que vivo, sino Jesucristo que vive en mí; él es el que piensa, el que ama, el que habla, el que padece y el que obra en mí. ¡Oh, misterio de piedad! ¡Oh, Sacramento de amor! ¡Oh, vínculo de caridad! ¿Cabe imaginar motivos más grandes para amar á Jesucristo, y para recibirle santamente?

La Santa Misa.

El sacrificio de la Misa es el acto más grande, más excelente, el más esencial de la Religion y el que reasume en sí todos los sacrificios de la ley antígua, siendo, por consiguiente, el complemento y la realidad de ellos. Siendo el sacrificio de la Misa una viva representacion del sacrificio del Calvario, resulta que aquél se ofrece por los mismos fines que se ofreció éste. En efecto, el sacrificio del Calvario se ofreció para mayor gloria de Dios, para reconocer su supremo dominio